

José Martí y el mundo del trabajo en los Estados Unidos (1880-1890)

ARIELA E. SCHNIRMAJER
UBA – UCA

ABSTRACT

El presente estudio indaga en los modos en que José Martí aborda los conflictos del mundo del trabajo en los Estados Unidos en la década de 1880 y en los cambios que se producen en su mirada, plasmados en el peculiar estilo de sus *Escenas norteamericanas*. Para ello es central el concepto de focalización que, vinculado a los modos de narrar y describir, tensan el carácter argumentativo de las crónicas.

Palabras clave: Focalización, huelgas, trabajadores, Estado, estilo.

The present study investigates in the manners in which Jose Martí approaches the conflicts of the world of the work in the United States in the decade of 1880 and in the changes that take place in his look, formed of the peculiar style of his North American Scenes. For it the concept is central of focalización that, linked to the manners of narrating and describing, tighten the argumentative character of the chronicles.

Keywords: view, strikes, workers, State, types of writing.

José Martí llegó a Nueva York a comienzos de 1880, a los veintiséis años, y se marchó de la ciudad en enero de 1895; lapso en el que presencié una transición decisiva en la historia de los Estados Unidos. Desde su exilio neoyorquino escribe crónicas para diversos diarios de América Latina, principalmente en el diario *La Nación* de Buenos Aires (1882-1891) y fueron ordenadas póstumamente bajo el título *En los Estados Unidos. Escenas norteamericanas*¹. Más allá de la variedad temática, un mismo eje nuclea sus páginas: la modernidad, sus símbolos y sus implicancias. De todos modos, no solo tematiza esa modernidad, sino que la experimenta: Martí no es un viajero como Martín García Mérou, Eduardo Wilde, Miguel Cané, Rubén Darío, Amado Nervo, quienes visitan esporádicamente los Estados Unidos, sino un cronista que vivió en el norte los quince años más intensos de su vida.

Dados los intereses de Martí, resulta evidente la existencia de un predominio de la temática social y política en las crónicas y en el modo en que presenta a los sectores populares, con un tratamiento en donde la idea de la distribución equitativa de la riqueza es central. En sus entregas, concibe a los sectores populares en estrecha relación con sus familias e hijos, y en la era de la modernidad advierte las carencias del hogar y la falta de vivienda y abrigo, problemáticas que se vinculan con los reclamos del siglo XXI. En este sentido, Martí establece fuertes lazos entre el trabajo, la familia y la nación. En el ensayo "Madre América" la nación se halla modelada por la metáfora familiar, indispensable para su proyecto de orden continental.

La crónica "Coney Island" es un claro ejemplo de la crisis familiar, en la que los lazos que unen a padres e hijos se desarticulan ante el impulso urbano que deshace los códigos.

El debilitamiento de la figura paterna, la "masculinización" de la mujer – asumiendo roles activos en el mercado social y laboral –, la ruptura familiar y la incorporación temprana de los niños al mercado de trabajo, son tópicos que preocupan al cronista y se superimprimen a su lectura de los fenómenos políticos, como por ejemplo, las huelgas.

Las crónicas que analizamos a continuación toman esta problemática, dado que es uno de los acontecimientos modernos por excelencia. Si bien Martí ya había presenciado el fenómeno de las huelgas en México donde estuvo exiliado entre 1875 y 1877, es una novedad la intensidad que adopta en los Estados Unidos. El cronista se encuentra frente a una realidad que le es ajena, ante innumerables inmigrantes miserables que tienen la posibilidad de los reclamos y la lucha. Desde 1881 hasta 1885, en ese país se sucedieron aproximadamente 500 huelgas anuales, que involucraron a unos 150.000 trabajadores cada año. Martí introduce al lector argentino en una experiencia con la que no cuenta, y le presenta a los nuevos actores sociales: los huelguistas, los rompeshuelgas y las pujas entre la rama radical y moderada de la Asociación de los Caballeros del Trabajo. Escribe para un futuro no tan lejano de América Latina.

Para el cronista las huelgas suelen ser justas, pues nacen de la necesidad

¹ Corresponden a los tomos 9, 10, 11 y 12 titulados "En los Estados Unidos. Escenas norteamericanas", de sus *Obras completas* (Martí, 1975). En este trabajo empleamos la mencionada edición, e indicamos en cada caso el tomo y la página consultados.

y en respuesta a la opresión; sin embargo, no siempre son adecuados los métodos de reclamo. En la crónica del 19 de septiembre de 1885, efectúa “un balance” en el que percibe que “los obreros hambrientos se impacientan” y han acudido a métodos violentos:

De aquí esas turbas inquietas y desordenadas, que la estrechez y los celos precipitan al incendio y al asesinato. De aquí esas huelgas triunfantes, por su justicia intrínseca y absoluta, que acarrearán la cesación de la labor en las fábricas incapaces de satisfacerlas, por estar los salarios que exigen fuera de la justicia relativa, de los recursos de las fábricas en pérdida. De aquí ese ejército de obreros que ya, dígame también esto, ya se arma (p. 305).

Más allá de que advierte la violencia creciente, tiene confianza en el peso del ideograma del *self made man* para resolver de forma pacífica los conflictos: “Acá el trabajador sabe que el monopolista era ayer todavía trabajador: cuando trata de su huelga con un empresario, con un trabajador de ayer trata, lo que modera al que pide, y ablanda al que ha de dar. Aun en sus combates se sienten hermanos”(p. 308).

Martí destaca el rápido crecimiento de “The Knights of Labor”, su capacidad organizativa (“misteriosos, constantes, enormes, fieles son las manos que llenan esas arcas. Y se extienden, se extienden” (p.308) y la solidaridad que ha logrado entre los distintos gremios. No obstante, considera injusto el reclamo efectuado por la Union Pacific para que despidieran a los trabajadores chinos de sus minas, quienes habían sido empleados en reemplazo de los obreros en huelga. Al aceptar los chinos un salario menor del de los blancos, oficiaron de rompehuelgas y, en consecuencia, los huelguistas los atacaron y mataron.

Esta es una de las preocupaciones que recorre los párrafos de las *Escenas...*, presentada a partir del fenómeno de la huelga: ¿cómo establecer acuerdos en una sociedad con procedencias tan diversas?, y más específicamente ¿qué hacer con los “rompohuelgas”, que atentan contra los reclamos de los obreros, pero al mismo tiempo ejercen su legal derecho al trabajo? Acerquémonos a la descripción de la matanza de los chinos, en cuyos términos se exhibe el rechazo de Martí al accionar violento que adjudica a los “obrerros europeos”, es decir, al socialismo trasplantado. El cronista descubre la iracundia:

No han pasado unos minutos, los mineros blancos rompen a disparar sobre los chinos. Aterrados, salen dando alaridos de las casas hacia una inmediata colina, seguidos a balazos por los europeos. Caen muertos en el camino: siguen heridos. Arden detrás de ellos las casas, y de entre llamas y humo corren de todas partes hacia la colina los chinos que aún quedaban en el caserío. Dan los blancos tras ellos. Pocos escapan. Por donde asoma uno, lo cazan.

Mueren ciento cincuenta.

En la noche, los trabajadores blancos vuelven al caserío, y queman sus cincuenta casas.

La ley anda despacio en perseguirlos (p.308).

Como en gran parte de las escenas de violencia social, el empleo de formas verbales en presente (disparan, salen, caen, arden, escapan, cazan) produce el efecto de inmediatez, agilidad y dramatismo. Y en la elección del

último verbo, “cazan”, transforma la persecución en una “cacería” y acentúa el carácter de “víctimas” de los chinos. El laconismo en el relato de la muerte (“Mueren ciento cincuenta”), la pausa larga después de su lectura, contrasta con el vértigo del relato de la persecución, otorgándole gravedad a la escena con un uso argumentativo de la cifra (“ciento cincuenta”, “quemán cincuenta casas”) que amplifica el efecto violento.

La presente crónica exhibe los conflictos en torno a la figura del rompehuelgas, mas no esboza una solución al conflicto. En las crónicas referidas a las huelgas de 1886, el problema retornará a las *Escenas...* con propuestas concretas. En la representación del “rompehuelgas”, advertimos un contenido repudiado por Martí: la traición, motivo que tendrá diversas modulaciones en las crónicas y en las figuraciones ligadas a la lucha independentista cubana.

En tanto que entre 1882 y 1886 Martí publica trece crónicas sobre la cuestión social, en 1886 le dedica doce a los conflictos del mundo del trabajo. Es el año en que los conflictos entre el capital y el trabajo adquieren mayor virulencia y desembocan en violentas huelgas y asedios, en cuya organización las bases superan a la dirigencia concentrada en la Asociación de los Caballeros del Trabajo.

Martí acusa al elemento radical importado de Europa por la violencia obrera, en contraste con la moderación de la Asociación de los Caballeros del Trabajo: “son poderosas, porque nacen directamente de sus propios problemas. No es el socialismo europeo que se trasplanta. [...] Acá no hay una casta que vencer [...] Acá el escudo es un bote, una pala, un látigo, un yunque, un zapato”(p. 308).

Las huelgas de conductores de carros se ramificaron y derivaron en la gran huelga ferrocarrilera de 1886, que mantuvo en vilo a vastas regiones de los Estados Unidos, impidió la distribución de bienes de consumo y mercancías a los diferentes estados y puso en evidencia el crecimiento y la gravitación de la Asociación de los Caballeros del Trabajo, agrupación que nucleó y orientó los reclamos de los gremios obreros.

Según diversas fuentes², las huelgas de 1886 tuvieron su motivación en los acontecimientos sucedidos en 1884, cuando la Missouri Pacific Railroad, empresa del monopolista Jay Gould, redujo en dos oportunidades el salario de sus empleados. Los trabajadores afectados declararon la huelga y diversos gremios se les unieron para solidarizarse. La Orden de los Caballeros asumió la dirección del movimiento.

Aurora Bosch, en su artículo “La ‘edad dorada’, 1870-1890” en *Historia de los Estados Unidos* (Bosch, (2005, pp. 261-264) ³, señala que en la década de 1880 la Orden tuvo una rápida expansión debido, sobre todo, a la repercusión del éxito de sus dos huelgas contra el magnate del ferrocarril Jay Gould –“el mago

² Richard John Delello, *The growth of the Knights of Labor in 1885-1886: reconsidered*, 1977; Judith Lazarus Goldberg, *Strikes, organizing, and change: the Knights of Labor in Philadelphia, 1869-1890*, 1985; Phelan, Craig, *Grand master workman: Terence Powderly and the Knights of Labor. Contributions in labor studies*, n° 55, Westport, Conn, Greenwood press, 2000; Foner, Philip Sheldon. *History of the labor movement in the United States*, vol. 2, Nueva York, International Publishers, 1955.

³ Un estudio anterior del movimiento obrero norteamericano es el de Richard O. Boyer, Herbert M. Morais, *Labor's untold story*, Nueva York, United Electrical, 1955.

de Wall Street”–, uno de los más odiados “barones ladrones”, entre 1884 y 1885. Las victorias de los Knights sobre Gould consiguieron imprimirles a los trabajadores un sentido de poder y eficacia que, en oposición al consejo de sus líderes, se transformó en una oleada huelguística en la que miles de trabajadores semicualificados y cualificados se unieron a la Orden. Entre julio de 1885 y julio de 1886, Knights of Labor –en su momento de máxima expansión– pasó de 104.000 a 703.000 trabajadores. Asimismo, se constituía una asamblea de la organización en cada ciudad grande y mediana del país, y ese mismo año presentó candidatos a las elecciones municipales en docenas de ciudades.

La Orden tenía una ideología de republicanismo de clase obrera, adaptada a las condiciones de 1880 e impregnada de socialismo. Era una organización abierta a todos los productores; sin exclusiones de calificación, raza o sexo. Pese a que estos aún consideraban que el trabajo asalariado era una amenaza para la república porque de esa forma se creaba una clase de ciudadanos dependientes, no trataban de volver a la época de los pequeños productores independientes, sino de extender la democracia a los lugares de trabajo, entendida esta como la única forma que tenía la república de mantener su régimen de gobierno a través de la garantía de los derechos de los trabajadores y de su participación en los beneficios.

Los Knights creían en la intervención positiva del Estado, pero confiaban en la autoorganización y en la ayuda mutua para configurar las bases de una sociedad alternativa. Esta es una de las características más valoradas por Martí. Tenían sus propios tribunales, asambleas locales, bandas de música, cooperativas, organizaban desfiles, circuitos de lectura, y también participaban en candidaturas laboristas.

Hacia marzo de 1885, la huelga se había ramificado a todo el sistema ferroviario del Suroeste, logrando detener el tráfico comercial en esa zona, con una favorable opinión pública. A mediados de mes, la compañía cedió: se restauraron los sueldos en el nivel anterior y la empresa se comprometió a no tomar represalias contra los que habían participado de la huelga.

En agosto de 1885, la compañía de ferrocarriles Wabash –con un gran porcentaje de acciones de Gould– despidió a un gran número de empleados, entre ellos a varios miembros de los Caballeros del Trabajo, con el fin de quebrar la organización sindical. Pese a ello, los obreros se declararon en huelga y defendieron su derecho a organizarse. El temor a la inutilización de las vías hizo que la compañía acordara con los huelguistas.

El acuerdo entre patrones y obreros no representaba una gran victoria para estos últimos: la empresa se comprometía a no discriminar a los miembros de los Caballeros del Trabajo ni de ninguna otra organización sindical. Sin embargo, su efecto sobre la percepción de los trabajadores fue fundamental: por primera vez, los obreros norteamericanos negociaban de igual a igual con el capitalista más poderoso del país (Jay Gould) y consideraban que lo habían vencido. El enorme crecimiento inquietó a varios monopolistas, que decidieron buscar una oportunidad para dividir al movimiento obrero, y la encontraron en Chicago.

Pese a las tratativas emprendidas entre el capital y el trabajo, los conflictos recrudecieron. A continuación analizamos tres crónicas de 1886 cuyo eje son los conflictos del mundo del trabajo. Fuera de los desencuentros entre

trabajadores y capitalistas, más que el análisis acerca de cómo va ganando espacio el tema social en el diario, se trata de hurgar en la forma en que la huelga invade la sensibilidad del cronista y con cuáles estrategias intenta “contagiar” a sus lectores (pp. 392-417). Las tres crónicas que trabajaremos son “La revolución del trabajo”, escrita el 25/3/1886 y publicada en *La Nación* el 7 de mayo, “Las huelgas en los Estados Unidos”, fechada también el 25 de marzo y publicada el 9 de mayo de ese mismo año, y “Las grandes huelgas en los Estados Unidos”, del 27 de abril y hecha pública en el periódico el 4 de junio de 1886.

Entre 1882 y 1884 Martí se relaciona con una serie de intentos organizativos que, fraguados en los Estados Unidos, tenían conexión con los independentistas que se hallaban en Cuba para liberarla del dominio español. Sin embargo, hacia 1884 rompe con el Plan de Gómez y Maceo al disentir en los objetivos propuestos. Es así que, en 1886, al ver el crecimiento de la Asociación de los Caballeros del Trabajo, es lógico suponer el especial interés con el que observa Martí la capacidad de convocatoria y operatividad de semejante estructura, ya presentada en su primera crónica para *La Nación*.

Es así que decidimos indagar sobre la subjetividad del cronista, que se debate entre la figura del cronista razonador, analista de los acontecimientos, que mide y evalúa los argumentos de los distintos actores implicados en el conflicto para acercárselos al lector argentino –deseoso de conocer las novedades del Norte–, y el mismo sujeto que progresivamente se va involucrando en los conflictos de los trabajadores y es apesadado por el apasionamiento. De la tensión entre estos movimientos se teje la sustancia de las crónicas elegidas. Para ello, atendemos a la manera en que el cronista se manifiesta en la lengua, qué rastros de la enunciación aparecen en el enunciado, con qué recursos se manifiesta la ira, el dolor, el temor, y cómo los orienta hacia sus receptores, los lectores argentinos, recordando que se trata de un diario dirigido a un público amplio y culto, en el cual es posible recortar de modo evidente a la élite dirigente.

Émile Benveniste señala que “no bien el enunciador se sirve de la lengua para influir de algún modo sobre el comportamiento del alocutario, dispone para ello de un aparato de funciones” (Benveniste, (1985, p. 87).”. El lingüista esboza algunas, como la interrogación, las formas de intimación, la aserción y la alerta sobre la necesidad de distinguir entre la enunciación hablada y la escrita, y sobre la apertura de un campo con vastas perspectivas de estudio. Las crónicas martianas son un territorio rico para analizar estas cuestiones.

Escenas, núcleos de dramas

¿Qué focaliza el cronista en estas tres crónicas referidas a las huelgas, y qué imagen, o imágenes, nos devuelven estas de su focalizador⁴?

⁴ Dado que este análisis se ocupa de la focalización, es necesario hacer algunas aclaraciones. La obra de Gérard Genette *Discours du récit* (1972, contenida en *Figures III*) sigue siendo un hito en el análisis de la perspectiva. Al tratar este punto, Genette alertaba acerca de la confusión que reinaba en los críticos entre lo que él denominaba modo y voz, es decir, “entre la pregunta ¿quién ve? y la pregunta ¿quién habla?” (241). Para Genette, el modo presenta dos formas esenciales: la focalización (perspectiva) y la distancia (grados de imitación y narración). Su obra ha sido discutida por autores como Mieke Bal (1972) y Pierre Vitoux (1982), quienes apuntan que en

¡Es la batalla de siempre!: todos los poderosos aliados con los que viven de sus migajas, contra los previsores, amigos de los débiles.

Es la batalla de siempre: todos los glotones de hoy, Don Tierra y Don Panza, contra los espíritus desinteresados y fervientes, sin más sueldo que el placer de hacer bien, que es una sabrosísima paga (p. 393).

¿Cómo hacer extensivo el apasionamiento del cronista encerrado en los signos de admiración del comienzo y enfatizado por la puesta en discurso de la jerarquización de la huelga por encima de cualquier otro acontecimiento reseñable, por medio de interrogaciones retóricas y de una rotunda aserción?:

Se trata del estupendo crecimiento de una asociación de obreros de toda labor, coligados por un sistema fácil bajo un tribunal supremo, para arbitrar las diferencias entre los capitalistas y los trabajadores [...] hacer leyes en acuerdo con una distribución justa [...]

¿Qué importan los sucesos menores del mes.

Nada son, junto al asunto mayor que hoy conmueve la atención pública?
(p. 393)

Son diversos los resortes narrativos orientados a captar la simpatía de la comunidad receptora por la causa obrera pero, básicamente, dos lógicas organizan la argumentación: aquella que apela a la sensibilidad del lector y la que se orienta a su razón. En la primera crónica, hay un predominio de la lógica sensitiva por sobre la racional evidente en tres escenas que apuntan a un efecto perlocutivo claro: mediante la intensificación de lo sentimental el cronista tiene como fin primordial conmover.

Repongamos brevemente el contexto de la protesta. Dado que el Congreso de los Estados Unidos, munido de la autoridad que le otorga la legalidad, tiene la oportunidad de aliviar a los trabajadores al dictar una ley que rebajara las tarifas pero, en su lugar, la veta, el único medio legítimo de los trabajadores para que sus reclamos sean escuchados es el agrupamiento en la Asociación de los Caballeros del Trabajo. Y, ante el fracaso de todas las instancias, presenta la huelga como el elemento extremo y legítimo. La tesis que defiende el cronista es que la unión de todos los trabajadores insatisfechos provocaría una conmoción del Estado norteamericano.

Por sobre la enunciación de las razones y los argumentos, se sobreimprime una subjetividad que se enmascara en la tercera persona impersonal: "Dicho sea con dolor: aunque las estadísticas" (p. 393). Prioriza el espacio de la calle en detrimento del interior, semantizado en la descripción de un museo que alberga una colección de miniaturas, porcelanas y obras de arte connotadas con el rasgo de lo superfluo y el derroche: "En cuarenta y cinco mil

la clasificación tripartita de Genette (focalización cero, interna y externa) se confunden dos conceptos importantes: el sujeto focalizador y el objeto focalizado. Mieke Bal define la focalización como "la relación entre la 'visión', el agente que ve, y lo que se ve", y señala que las combinaciones entre el focalizador y el objeto focalizado "son importantes porque la imagen que percibimos del objeto viene determinada por el focalizador. Y, a la inversa, la imagen que un focalizador presenta de un objeto nos dice algo sobre el focalizador mismo" (110-112). Genette respondió a las diversas críticas en *Nuevo Discurso del relato* (1983) y entre sus aportes la idea de percepción resulta más amplia y completa la idea de visión; una y otra se engloban en la función de focalización narrativa.

quinientos pesos se vendió el cuadro de Jules Breton; linda cosa, pero no más que linda” (p. 395). Y, a continuación, mediante enumeraciones, y apelando nuevamente a la antítesis, compone la primera descripción del trabajador abnegado y sufriente, imagen piadosa que coincide con la propia autofiguración martiana del comienzo de la crónica (“amigo de los débiles”):

Hay huelgas injustas. No basta ser infeliz para tener razón. [...] Pero la huelga de los conductores era justa. De mala alma se necesita ser para no sentir cariño por estos pobres soldados de la vida, de pie día y noche en la plataforma de los carros, azotados por la nieve, empapados por la lluvia, arremolinados en la ventisca, salpicados de fango, y a cuyo tesón y resistencia deben los habitantes de la ciudad el poder de ir de un lado a otro cómodos y con buen calor, a ganar la olla de la casa (p. 396).

Si en este fragmento el lector espera la argumentación tendiente a demostrar la “justicia” de la huelga, hay un desvío en la construcción de Martí, pues lo que aparece en su lugar es la composición de una imagen del trabajador abnegado y sufriente, con la finalidad de mover las fibras más íntimas de los lectores y conmoverlos por medio del patetismo⁵.

Las imágenes martianas se organizan en escenas con valor persuasivo que pueden apuntar a la sensibilidad del lector o a su raciocinio, o ser una mezcla de ambas, pero siempre hay en ellas un sustrato argumentativo. Nos concentramos, justamente, en la lectura de esas imágenes, que muchas veces conforman pequeñas escenas o “núcleos de dramas” como ya hemos señalado que las denominó Martí. En ellas, la narración se anuda a la descripción. “Hay secuencias narrativas que están dominadas por motivos y estrategias argumentativas: la retórica de la argumentación es intensificada por la narración” Parret, (1995, p. 58).”. El primer retrato del trabajador sufriente, “pobre soldado de la vida”, se enlaza con la imagen que pergeña el cronista de la Asociación, “la noble orden de los Caballeros del Trabajo”. La crónica incluye luego una nueva figuración del trabajador, donde ingresa el discurso directo de uno de los obreros bajo el influjo de la voz narrativa, inclusión que exhibe las afiliaciones martianas:

De modo que cuando se supo que mes sobre mes venía pidiendo la gente de los carros dos pesos al día por trabajar en pie doce horas [...] no hubo apenas quien no aplaudiese la determinación que, fatigados al fin, tomaron los empleados de una de las compañías, de desertar carros y establos hasta que se accediese a pagarles su precio, *que no es más que lo bastante para abrigar y dar mal de comer a una familia muy humilde. —¿Pues qué —decía uno de los empleados— tengo hijos y nunca puedo verles a la luz del sol?* (p. 396) (El énfasis nos pertenece.)

El motivo de la relación padre/hijo –que será retomado en la crónica– al cronista le sirve para tensar la veta sentimental, unida a la inclusión del discurso directo que crea la ilusión de cercanía entre el trabajador y los lectores y donde la palabra del primero afirma la argumentación del autor. Otra vez la imagen del trabajador sufriente: falta de abrigo, de comida, y lejos

⁵ El *pathos* es la cualidad de la obra teatral que suscita emoción (ternura, piedad, lástima) en el espectador. En la retórica, es la técnica capaz de conmover al oyente, en oposición al *ethos*. Véase Patrice Pavis, *Diccionario del teatro*. Barcelona, Paidós, 1984.

de los hijos. Esta perspectiva no impide que se relate a continuación el motín de los huelguistas, quienes obstaculizan el paso de un carro manejado por un rompehuelgas.

Toda la policía de la ciudad y la de la reserva fue llamada para proteger el viaje de un carro. La muchedumbre toda se dispuso a cerrarle el camino. Apareció el carro, rodeado de trescientos cincuenta policías. Ya no eran cargas de carbón, piedra y ladrillos; era un vagón de cerveza, torre ambulante, cuyos barriles vacíos dejó el carrero de buen grado amontonar sobre los rieles: eran vagones de las líneas transversales, que a hombros sacaban de sus vías los amigos forzudos de los huelguistas, y *reclinaban suavemente* sobre la vía bloqueada, *como se reclina en la cuna a un niño* (p. 398; el énfasis nos pertenece.)

En esta breve escena, modulada por un suspenso *in crescendo*, más allá de los poderes en pugna –la policía y los huelguistas–, la focalización está puesta en la “dedicación” con la que son dispuestos los objetos que obstaculizan el paso del tren, es decir, en los detalles. Los huelguistas son investidos de una carga axiológica positiva, se humanizan y pierden sus rasgos de peligrosidad.

Fina García Marruz, al referirse al detalle en las *Escenas norteamericanas*, señala que “nunca el acontecimiento principal ocupa un lugar más preeminente que aquellos detalles que lo acompañaron [...] sino que es a través de ellos que nos cuenta lo que ha visto”. Al respecto, pensamos que es en los detalles y su focalización donde se traduce la orientación de la enunciación. Philippe Hamon, en *Introducción al análisis de lo descriptivo*, ha analizado la significación de los detalles en los textos descriptivos y señala que “el detalle es aquello que sobredetermina sentido e insignificancia. Es aquello que detiene, bloquea y suspende el movimiento de la lectura. Pero reclama también, entonces, una ‘traducción’ en cuanto a su sentido, a su función en la obra, interpela al lector, a quien transforma en hermeneuta” Hamon, (1995, p. 25).

Ya la retórica clásica había identificado una figura particular, la hipotiposis, que definida por Roland Barthes es la “encargada de ‘poner las cosas bajo los ojos del oyente’, de ningún modo en forma neutra, comprobatoria, sino colocando en la representación todo el fragor del deseo” (Barthes, 1992, pp. 75-82). En la composición de los detalles se trama la sensibilidad del narrador, donde este pone al descubierto su comunión con los obreros al otorgarles una perspectiva humanizada, y domestica los objetos que podrían ser considerados “peligrosos” por la opinión pública. Similar operación podemos leer en el desarrollo del reiterado motivo padre/hijo y también en la construcción de los huelguistas como “mujeres, hombres y niños”, y en el hecho de que el término “huelguista” aparece solo dos veces en toda la crónica. Pero la composición de esta escena no impide que se insista en la reacción de “la turba” y en el enfrentamiento entre la policía y los huelguistas. Sin embargo, el texto se cierra con la reiteración del motivo padre/hijo, que funciona como contrapeso a la reacción de la masa e intensifica la veta sentimental. El triunfo de la huelga se liga a la victoria de lo humano y no de lo amenazante: “Venció la huelga: el trabajador de los hijitos, podrá abrazarlos alguna vez al sol” (p. 398).

Si en “La revolución del trabajo” se buscaba conmover al lector y restarles peligrosidad social a los actores involucrados en los conflictos, en la crónica “Las huelgas en los Estados Unidos”, la lógica racional tiene mayor

peso. La diferencia entre el título de la primera y esta última abona nuestra hipótesis: ya no aparece “revolución” con su carga desestabilizadora, sino simplemente “huelga”.

El cronista pone nuevamente de manifiesto su afiliación a la causa obrera, y enfatiza la moderación en los pedidos de los huelguistas y la mesura y solidaridad de la Asociación⁶. Está al acecho, sin embargo, el desborde, y con él, la posibilidad de brindarle argumentos al poder policial para reprimir a los huelguistas. Trabaja con el imaginario social del “peligro”, ya que deja al descubierto el temor de los norteamericanos a “la convulsión sangrienta”, y con ello el distanciamiento de la opinión pública.

La visión de la huelga contenida evidencia, en otro plano, el propio intento del autor por mostrarse “encauzado” y analítico, evitando el desborde; sin embargo, cae en él y debe retomar el eje de lo racional: en la dialéctica de estos dos movimientos se mueve la mirada del cronista, que manifiesta desde el comienzo su entusiasmo (“Hoy, todo es huelga, huelga formidable”(p. 403) y funda su autoridad en su “moralidad narrativa”. Su saber proviene de la lectura de otros periódicos, del conocimiento de las proclamas de las Asambleas, de las estadísticas. Herman Parret, en alusión a la narratividad, sostiene que “las raíces de la competencia narrativa son morales: el cuento debe manifestar la motivación ética de una condensación cualitativa de la justa sensibilidad del sujeto que cuenta, los co-sujetos y de la comunidad entera. La moralidad narrativa consiste, en realidad, en esta fuerza de socialización: es ‘ponerse en comunidad’” Parret, (1995, p. 57). En nuestro análisis, nos interesa el concepto de “moralidad narrativa”, ya que, en muchas de las crónicas martianas, el cronista hace un trabajo discursivo en torno a su autoridad moral para narrar y orientar a sus lectores.

Retomamos nuevamente la crónica en cuestión, la cual se afilia a la causa obrera, pero se diferencia de los trabajadores por su capacidad analítica: puede ver con mayor lucidez y profundidad. La tercera persona impersonal nuevamente introduce la mirada del cronista:

pero, mirando atentamente en la revuelta y voluminosa masa de noticias de las comarcas alzadas, se distingue menor sumisión, más determinación [...] se nota el mismo tino de resolución y de batalla [...] leyendo a la vez las manifestaciones de los lugares más distantes, salta a la vista esta igualdad (p. 405).

Incluso hace el análisis estilístico de las proclamas de la Asociación: “pudiérase decir por el tema general del lenguaje de sus documentos, que aún no le llegaba la seriedad a donde le llega el entusiasmo. Pero esto es cuando se mira sólo a la retórica: porque en el hueso de los documentos se ven” (p. 405). No le alcanza con hurgar en los documentos, también se apropia de ciertos fragmentos. Si al comienzo la mirada analítica los penetraba, ahora la voz

⁶ Predominan los sustantivos y adjetivos del campo de la moderación asociados a la masa de trabajadores: “alzamiento general y pacífico”, “influjo apaciguador”, “piden sin arrogancia, pero con más energía”. Y si se habla de desborde, inmediatamente la inclusión de adversativos o relativos expresan el freno: “cuando, con toda la furia de una horda, que al fin se detuvo por sí misma”, “grande es la agitación; pero no se esperan, sin embargo, armas de ella”.

narrativa se pliega a la voz de la proclama, encabalgándose en su ira: el saber analítico es superado por la pasión. El cronista introduce una de las proclamas en las que se impreca a los rompehuelgas: “La proclama, aludiendo a los que por necesitados o traidores sirven a un ferrocarril, que son muy pocos, prorrumpe de este modo: ‘Los cobardes atrás, los bribones al enemigo; los hombres al frente’”(p. 405).

El texto, después de un blanco, prosigue con la voz de Martí:

¡Los traidores, o los infelices! ¡Los de alma baja, nacidos para adular; o los de espíritu de pobre, a quienes la rebelión y la miseria aterran! ¿Quién no ha conocido, en los bancos del colegio como en los de la vida, al que hace la ronda, como gallina enamorada, al maestro, al rico, al poderoso, y al mísero de corazón que, sin ser malo, va por miedo donde los malos lo llevan? (p. 405).

La voz del cronista enmarca la proclama y determina su carga axiológica, francamente negativa, enfatizada por el espacio en blanco entre ambas voces, silencio en la lectura que por contraste intensifica la exclamación del cronista que le sigue tras la pausa. Por otra parte, traduce a sus términos la proclama: transforma a los “cobardes” en “infelices” y “necesitados”; y los “bribones” de la proclama –término que alude a un haragán o pícaro, a una falta menor– son resemantizados en el término “traidor”, que implica un delito ausente en el término “bribón”.

La voz del otro es apresada por el cronista, y, en este caso, modificada, o mejor dicho, radicalizada. En términos de Herman Parret, podemos leer esta operación como el momento en el que se infiltra la oralidad en la escritura, (Parret, 1995, pp. 11-23): crispación de tono, intensidad y sentido.

El uso que hace Martí de la palabra del otro es posible también ligarlo a lo que Valentín Voloshinov denomina “el estilo pictórico con la tendencia a la penetración del comentario y réplica autorial en el discurso ajeno” (Voloshinov, 1992, p. 162). Voloshinov sostiene que, entre las distintas variedades, el contexto autorial compenetra al discurso ajeno con sus propias entonaciones, con el humor, la ironía, el amor o el odio, con la fascinación o el desdén, y sostiene que este tipo es distintivo de casi todo el siglo XIX.

Parafraseando a Voloshinov, Martí no solo “compenetra al discurso ajeno con su propia entonación”, con su ira y ardor, sino que lo transforma, invade la palabra del otro. El apasionamiento del cronista supera la ira de los huelguistas, aunque siempre existe un anclaje, un regreso al eje racional. En este caso, mediante el consejo a los huelguistas sobre los modos de reclamar, más sin salir del marco legal⁷. De esta forma, se huye del desborde al recomendar contención al otro.

La idea subyacente es que el “rompehuelgas” es un traidor a la causa obrera, pero no se le puede impedir su derecho al trabajo ya que, de lo contrario, los propios huelguistas caerían en la ilegalidad. A diferencia de la crónica de 1885 sobre los chinos rompehuelgas, aquí se esboza una solución: “*Convenzan* los huelguistas en buena hora a los empleados; y *niéguese* en buena hora, a dar su trabajo por precio y condiciones de los que estiman justos, que a eso tienen derecho” (t. 10, p. 407) (el énfasis nos pertenece). En este

⁷ En este caso, el cronista apela a órdenes y aserciones para persuadir a los huelguistas, funciones contempladas por Émile Benveniste para influir en el comportamiento del alocutario.

ejemplo, la persuasión se enfoca no tanto a los lectores, sino hacia los propios actores sociales.

Si la proclama citada sirvió como mecanismo argumentativo orientado a convencer a los rompehuelgas, la crónica se cierra con una escena que tematiza la prudencia de los huelguistas frente a los rompehuelgas. La escena transcurre en San Luis y nuevamente el espacio privilegiado es la calle, donde prima un clima festivo, con descripción de mujeres “vestidas de gala”. Un tren se acerca y un hombre: “las manos velludas: va en camisa de franela, calzón holgado y corto, y botas”. Otra vez los detalles, en este caso, de vestimenta: se trata de un trabajador. Se alude a estos pequeños elementos, mas no hay una individualización psicológica del personaje, pues se transforma en el símbolo de la prudencia. El hombre, agitando una bandera americana, le pregunta al maquinista si pasará por sobre la bandera. El tren pasa y la rompe. El hombre la levanta y vuelve a enderezarla, y en el silencio profundo de la muchedumbre dice: “—¡Rota estás y caída; pero todavía te respetamos: ayer te cortaron las estrellas, y hoy te cortan las listas; pero todavía eres buena bandera!” (p. 408).

La situación relatada en tiempo presente, actualizando así la narración, introduce el patriotismo del huelguista y también el freno de la muchedumbre ante al rompehuelgas⁸. De nuevo asistimos a la construcción de una escena en la que el relato funciona como ilustración de su argumento⁹.

Si bien en la primera crónica, el sabio uso de detalles procura mostrar una multitud templada, en esta –mediante la inclusión de la voz del huelguista y con un discurso directo– se introduce en el campo de la legalidad. Entre la crónica racional y la sensitiva Martí diseña sus afiliaciones.

En las crónicas anteriores se trataba de conjurar el desborde –fantasma presentido y latente–, en cambio, en este último artículo ya no hay vuelta atrás. Las imágenes de la violencia estallan y comprometen los cuerpos. Recordemos que los dos textos anteriores se escribieron el 25 de marzo de 1886, mientras que este fue redactado el 27 de abril, casi un mes después. Mientras que en la última crónica, el cronista ponía en escena su compenetración con los problemas de los obreros, a pesar de mostrar un saber diferencial, aquí en “Las grandes huelgas en los Estados Unidos” critica abiertamente a los nuevos miembros radicales, que han declarado una huelga prematura, violenta y evitable.

Alentados por la ilusión de poder que habían adquirido los obreros ferroviarios de la Missouri Pacific en huelgas anteriores, llaman a un nuevo cese del trabajo, originado por el despido de un capataz en Texas, debido a haberse ausentado del trabajo para acudir a una asamblea sindical. En menos de un mes, la protesta se extendió a 9000 obreros y logró paralizar el tránsito de trenes en más de 5000 millas de vía. La compañía consiguió rompehuelgas, la fuerza pública intervino y la protesta tomó un cariz violento. Es la primera vez que Martí se opone a una huelga, de allí nuestra atención en su argumentación.

Cómo relatar la violencia desatada por los trabajadores con los que el

⁸ En muchas crónicas, Martí ve en el patriotismo un principio de moralidad, una suerte de freno a las pasiones desatadas. Por eso, su falta es motivo de enfrentamiento entre los inmigrantes.

⁹ La ilustración de un argumento es una de las constelaciones que señala Herman Parret, donde los elementos narrativos cobran una función argumentativa. Véase (Parret, 1995, p. 65).

cronista, un mes atrás, había entrado en consonancia: los aconsejaba, protegía, orientaba y disuadía. A diferencia de las dos crónicas anteriores, en las que el cronista construía escenas con contornos nítidos y detalles tendientes a mostrar la moderación de los trabajadores, en esta se resiste a los detalles, es decir, apela a otra forma de argumentar. Y, en su lugar, predomina la enumeración metonímica de los desórdenes, que se sucede con increíble rapidez:

¿A qué contar los innumerables conflictos? Máquinas desventradas, talleres asaltados, trenes vueltos atrás, trenes quemados, trenes que adelantan entre tempestades de silbidos y descargas cerradas, la muchedumbre que acomete a los alguaciles, los alguaciles o la milicia que vacían sus fusiles sobre la muchedumbre, ocho mil hombres que reemplazan a los diez mil huelguistas, una paz de rabia que sucede a una quincena de frenesí (p. 416).

Esta enumeración metonímica de los objetos dañados, unida al uso del participio, construye escenas donde el sujeto que acomete los desmanes permanece innombrado. Más allá de que el cronista disienta respecto del accionar destructivo/excesivo de la muchedumbre, apela a una descripción que evita colocar a los violentos huelguistas en primer plano¹⁰. No obstante, se profundiza la distancia entre el cronista y los elementos radicales. Él es quien puede ver “las causas hondas y los efectos finales”, mientras que los obreros apenas perciben las “causas directas y los efectos inmediatos”¹¹. Y explicita su lógica racional: “En estas cartas decimos los hechos, no en su osamenta ponderosa, sino en su jugo: de modo que cuando razonamos, vamos contando” (p. 414).

Esta huelga puso de relieve la profunda división que existía entre los dirigentes nacionales de los Caballeros del Trabajo y sus líderes regionales: aquellos, reacios a las huelgas, estos, en gran parte, impacientes y radicales. Martí atiende a esta división y toma partido por el grupo moderado.

En 1879, Terence Powderly, el alcalde de la zona minera de Scranton (al este de Pensilvania), sustituyó a Uriah Stephens en la dirección de los Knights of Labor. Martí ve en Powderly un dirigente moderado, que desea lograr mejoras en las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores sin violencia, cuestión que lo llevó a enfrentarse a sectores obreros radicalizados provenientes de Europa. El cronista siguió con atención estas pujas, plasmando su adhesión al dirigente sindical en imágenes simbólicas en las que le otorga la palabra. Un buen ejemplo es la pequeña escena sobre un acto obrero. Powderly sacó de su pecho una bandera de los Estados Unidos “y ondeándola entre aplausos sobre su cabeza, declaró que esa era la única bandera ‘digna de ser seguida por los libres norteamericanos’” (p. 188), oponiéndose a la violencia de los obreros

¹⁰ En comparación con este tipo de escena, en otras crónicas se elige contar un mismo acontecimiento. Así, en “El asesinato de los italianos”, publicada en *La Nación* el 20 de mayo de 1891, se relata innumerables veces un acontecimiento xenófobo, y en cada nuevo relato se trabaja la sucesión y se van desmontando los prejuicios. Esta crónica la analizaremos más adelante en esta tesis.

¹¹ La lógica razonante, en esta crónica, abarca una vasta porción: el cronista esgrime todo tipo de argumentos para “hacerse pensar” a la masa, “traérsela a entender”, “pudiera detenerse a esa masa que adelanta”, “eso pudiera decirse a la masa obrera para contenerla o demorar sus demandas” (Martí, 1975, pp. 412-413).

radicalizados.

Según la crónica analizada, Martí dedica gran espacio a la significación de la ola huelguística para la Orden, frente al elemento fanático, y considera que la incorporación de nuevos trabajadores no le ha dado tiempo suficiente para imponer su disciplina, generándose excesos en los que deslinda la responsabilidad de la Asociación. En una construcción impersonal (“Lo que hay que notar en esta condición del problema del trabajo”) valoriza el afán de la Orden en su tarea formativa y en sus acciones para templar el ánimo de los iracundos trabajadores (“en vez de huelga, argumento; en vez de amenaza, exposición, examen y arbitramiento”) (p. 418), en coincidencia con la importancia que le otorga el cronista a la educación. El cuadro se completa con la focalización del lugar de reunión de los dirigentes obreros, connotado por la humildad: “La casa pequeña de ladrillo donde se reúnen los directores de la orden en Filadelfia”(p. 418). En la descripción de sus integrantes se filtra la propia figuración del cronista ligada a la conciliación, sobre la base de un trabajoso equilibrio entre fuerzas antagónicas: “¿quién que ha andado en cosas públicas no sabe que en toda corporación hay dos alas, una de canas, otra de pelo negro, y en medio un cuerpo infeliz que padece de ellas y las balancea?” (p. 419).

Martí atribuye la responsabilidad por esta huelga a los elementos radicales, y culpa específicamente a Martin Irons, sin nombrarlo:

Ese terco escocés, que tiene la fe y el ímpetu de los apóstoles, no ve el problema con la mente que endereza, sino con la indignación que ofusca, y con tal de sacar a su ídolo, que es el decoro y la supremacía del obrero, por sobre todos sus oprobios, ni se para en llamas, ni respeta propiedades, ni cuida de telégrafos, ni entiende de paces y esperas, ni de derecho ajeno. Es de los desventurados que sólo ve el derecho suyo (p. 414).

Asimismo, propicia las reivindicaciones obreras pero cree necesario marcar los límites de su respaldo: establece una fuerte distancia de aquellos que atentan contra los fundamentos mismos del sistema capitalista. “Una cosa es que el triste suba y cada cual goce todo su derecho y otra que se dé el gobierno del mundo a los tristes rabiosos” (p. 420).

Ve en el exceso de producción industrial, debido a la tarifa proteccionista, el verdadero causante del problema social, temática que irá ocupando mayor espacio en sus crónicas.

Por otra parte, considera igualmente necesarios ambos polos sociales, el capital y el trabajo, aunque mantiene firmes simpatías hacia este último. En conjunción con esta posición, confía en el establecimiento de los tribunales de arbitraje tendientes a acercar las posiciones de empresarios y trabajadores.

Junto a las discusiones en el seno del movimiento obrero, la crónica presenta otro combate en el interior del sujeto de la enunciación, quien se presenta como ideólogo y se autorrepresenta como portador de la posición del “justo medio” –“sujeto razonante” que analiza las causas del conflicto–; sin embargo, la racionalización del conocimiento se ve superada por una escritura con marcas fuertemente poéticas.

La crónica se inicia con una imagen que, a modo de *ritornelo*, se va modificando a lo largo del texto y convoca a otras imágenes que connotan la conmoción e ira desatada por los huelguistas y las fuerzas policíacas, en una

fuerte compenetración de las imágenes poéticas en la lógica narrativo-argumentativa, imbricación clave del estilo martiano.

No ha abierto esta vez la primavera con lilas y heliotropos, sino con rosas; ni están de acuerdo los cielos y las mentes inquietas.

El siglo tiene las paredes carcomidas, como una marmita en que han hervido mucho los metales. Los trabajadores, martillo en mano, cuando no Winchester al hombro, han comenzado a palpar las hendiduras, y a convertir en puertas anchas los agujeros, por donde entren a gozar en paz, aunque se les manchen los vestidos de la sangre propia, o ajena, de un estado nuevo [...] para sustentar la casa sin miseria.

Con rosas rojas abrió la primavera; con manchas de sangre sobre la yerba verde; con obreros muertos, y alguaciles muertos, con acciones de armas entre los obreros del ferrocarril Missouri Pacific, ocultos en la yerba, con el Winchester encendido, y los alguaciles (p. 411).

Las rosas rojas como metáfora de la sangre derramada se tensan con la imagen de la marmita: calor, presión, sangre tejen el campo semántico de lo violento y tienen su correlato en “los vestidos de la sangre propia o ajena” y en las “manchas de sangre sobre la yerba verde” (p. 414). Es en la continuidad de las imágenes hiperbólicas donde se tejen los argumentos que ven el exceso en ambos sectores: capitalistas y obreros radicalizados. Podemos pensar el exceso, en este caso, desde dos de sus acepciones: como la “parte que excede y pasa más allá de la medida o regla”, y como “lo que sale en cualquier línea de los límites de lo ordinario”¹². En su primer significado, prima el exceso de violencia, de trabajadores (“¿y qué hará con sus millones de trabajadores?”), de mercaderías (“montes de fábricas de toda especie” (p. 412), de ganancias (“dividendos gargantuescos”)(p. 413) y de poder (“y nadie más que los siervos sienten la necesidad de ser señores”, “y como la gente trabajadora ha tenido tanto que sufrir del señorío, le han entrado veleidades de déspota”; “En los Estados Unidos se presenta el problema, como acá se presenta todo, colosal y súbito”). En su segundo sentido, lo excesivo sobrepasa el límite de lo ordinario al introducir las metáforas y comparaciones hiperbolizadas que construyen, por cercanía, la personificación de los Estados Unidos en tanto gigante o monstruo.

Este gran Tío Samuel se aprieta los tirantes, se mesa la barbilla, se enjuga con su pañuelo de algodón el sudor de la frente, que ya empieza a dar gotas de sangre (p. 412).

El Tío Samuel, la nación americana, se revuelve inquieto [...] entre sus fábricas de tejidos de lana, trabajan con pérdidas, tristes y descompuestas, como cíclopes con hambre. Ese es el problema: hambre de cíclope (p.413).

Estas imágenes derivarán “en las entrañas del monstruo” y en “el gigante de siete leguas” presentes en el ensayo *Nuestra América*, en clara alusión a los Estados Unidos¹³.

¹² *Diccionario de la Real Academia Española*, consulta en línea en octubre de 2008.

¹³ El ensayo *Nuestra América* fue publicado por Martí en México, primero, y luego en Nueva York a comienzos de 1891; en él se configura un discurso latinoamericanista con una escritura altamente estilizada.

La modernidad de las crónicas analizadas estriba no solo en el tema, sino en la mirada que lo constituye; en ese núcleo, cobra espesor la voz del cronista, una voz en la que cognición y emoción son parte interactiva y que apela a esos mismos resortes, junto a poderosas imágenes, para persuadir a sus lectores acerca de las responsabilidades del Estado, del peligro de los monopolios y del valioso camino que ha emprendido la Asociación de los Caballeros del Trabajo y del que aún le resta por hacer.

Las elecciones martianas se traman en el estudio de la transformación de determinadas figuraciones: el trabajador (sufriente, combativo, etc.), el Estado (componedor, amenazante, monstruoso), el empresario (*self made man*, derrochador), el monopolio (gigantismo, caricaturización), y en las voces autorizadas en las crónicas.

Mientras que la crónica anterior concluye con la imagen de los tribunales de arbitramento, a cuya autoridad se acogían el capital y el trabajo para dirimir sus diferencias, las dos crónicas escritas el 16 de mayo de 1886 para *La Nación* muestran la interrupción de tales negociaciones a causa de la violencia anarquista¹⁴. Ambas se refieren a los antecedentes y motivaciones de los sucesos de la plaza de Haymarket, acaecidos el 5 de mayo, apenas diez días antes: una fue publicada el 26 de junio y la otra el 2 de julio.

El primero de mayo de 1886, en cumplimiento de un acuerdo tomado dos años antes por la Federación de Sindicatos Organizados (*Federation of Organized and Labor Unions*) de los Estados Unidos y Canadá, alrededor de 350.000 obreros en más de 11.000 establecimientos a lo largo de los Estados Unidos fueron a la huelga en demanda de la jornada laboral de ocho horas. Los obreros de Chicago estuvieron entre los más combativos, tanto en la preparación como en la realización del acontecimiento. Un hecho local contribuía a exacerbar los ánimos: la presencia de esquiroleros (protegidos por la policía) para trabajar en la fábrica McCormick Harvester, productora de maquinaria agrícola, cuyos obreros estaban en huelga para reclamar por las ocho horas, entre otras demandas. Los enfrentamientos entre los huelguistas y los esquiroleros, en los que se produce un fuerte ataque de la policía sobre la muchedumbre, llevan a organizar la plaza de Haymarket, el 4 de mayo. El acto se celebraba sin incidentes, con discursos de Spies y Parsons, quienes después, junto con el alcalde de la ciudad y la mayor parte de los asistentes, se retiraron de la plaza, dando casi por finalizada la reunión. Sin embargo, mientras hablaba Fielden, un proyectil explotó y, como consecuencia, murieron y resultaron heridos varios policías y manifestantes. Tras el hecho, los anarquistas fueron acusados de efectuar la convocatoria y del estallido de la bomba, punto de vista que Martí en un principio comparte¹⁵.

¹⁴ Nos referimos a las crónicas tituladas "Grandes motines de obreros" (Martí, 1975, t. 10, pp. 443-456).

¹⁵ La bibliografía sobre los sucesos de Haymarket y los actores sociales implicados en ellos es abundante. Citamos algunos trabajos: Howard Zinn, "Los barones ladrones y los rebeldes", en *La otra historia de los Estados Unidos*, Madrid, España, 1999, pp. 201-204; Richard O. Boyer, Herbert M. Morais, "Let the voice of the people be heard", en "The Iron Heel", en *Labor's untold story*, United electrical, radio and machine workers of America, Nueva York, 1955, pp. 65-104; Robert H. Wiebe, "The fate of the nation", en *The search for order (1877-1920)*, USA, 1967, pp. 77-110; N. J. Ware, *The Labor movement in the United States, 1860-1895*, Nueva York, 1929.

La crónica fechada el 16 de mayo de 1886 comienza con la tesis defendida por el cronista: la unión de todos los trabajadores insatisfechos ha provocado una conmoción del Estado norteamericano, al emplear las cifras con una fuerte carga argumentativa: “El problema del trabajo se ha erguido de súbito, y ha enseñado sus terribles entrañas [...] están unidos en una misma determinación los trabajadores norteamericanos. Es inútil ahorrar mineros: son 17.000.000” (p. 445). Nuevamente acuerda con los reclamos y se separa de los medios violentos empleados. Dos corrientes puján por la dirigencia del movimiento obrero: los moderados representados en la Orden, que intentan mejorar las condiciones de vida de los trabajadores por medios legales –con los que Martí simpatiza–, frente al elemento anarquista que apela a la ilegalidad: “al crimen”, “taller de odio”, “al incendio, al robo, al fraude y al asesinato para lograr la reorganización social”(p. 446). La descripción de la violencia anarquista adopta la forma de la sobreescritura para enfatizar la distancia entre los activistas y Martí.

Toda la crónica está atravesada por el reconocimiento de la gravedad del problema social y por la certeza de que el Estado, a través de sus distintos poderes y junto a los gremios, tiene la voluntad de resolver la injusta distribución de la riqueza en forma pacífica: “van pensando en la manera de ir poniendo un poco de mármol que sobra en unas calles, en el lodo que sobra en otras”(p. 448). Este estado epistémico incide en la construcción retórica del texto. En este punto seguimos a Herman Parret, quien sostiene que “la modalización del relato, como la de toda secuencia discursiva, está determinada por las condiciones de producción en el sujeto productor: esas condiciones de producción están extremadamente constreñidas por los procedimientos y estados epistémicos (creencias, opciones, presunciones, convicciones) y por motivos erotéticos (esencialmente, deseos)” (p. 448). El cronista muestra a un Estado que representa la justicia frente a los anarquistas que se ligan al campo semántico de la ilegalidad, construcción antitética cuyos polos nunca llegan a cruzarse.

Estas crónicas participan, también, de un temor que se desea conjurar: la violencia anarquista cuenta cada vez con mayor influencia entre los trabajadores y puede “enfermar” al cuerpo social. De allí que, más allá de que el cronista se pliegue a la unánime opinión pública que repudia el fanatismo, acude a estrategias de persuasión y deliberación para convencer a sus lectores acerca del peligro de las posiciones extremas, tal y como explica Gabriela Mogillansky en su trabajo “Cuestión de Estado: José Martí y los anarquistas norteamericanos” (Mogillansky, 1997). La figuración de los activistas atada al campo semántico de lo sucio, lo revulsivo y secreto es una de las técnicas principales: viven en “mucho antro”, en “cuartos oscuros”, en “trincheras y cuevas subterráneas”, “llevan en sus caras terrosas y en sus manos flacas las marcas del afán y la hora del odio” (p. 446).

En la descripción del acto anarquista efectuado en Nueva York para peticionar por la jornada de ocho horas, el autor emplea otras dos técnicas complementarias. Justifica la presencia de la policía a partir de la propia virulencia de los activistas, en cuya enunciación introduce preguntas retóricas que explicitan y restablecen sobreentendidos con el lector: “como un cinto, ceñía la gran plaza, oculta para no excitar los ánimos, una fuerza de policía, pronta a la carga: ¿cómo no, si se sabe que en Nueva York los anarquistas leen

como la Biblia, y compran como el pan un texto de fabricar bombas de lata, bombas cómodas, 'graciosas y pequeñas como una pera', 'que caben en la mano'?" (p. 446). Esta imagen es duplicada por el encuentro de fusiles, dinamita y glicerina en sus "trincheras".

En referencia nuevamente al acto, pese a la carga axiológica negativa adoptada en la descripción de los anarquistas, el cronista describe una muchedumbre estetizada; representación ambigua en la que leemos su solidaridad con la justicia del reclamo –la jornada laboral de ocho horas– y, simultáneamente, el temor al accionar de una muchedumbre manipulada. También, pero en otro nivel, el empeño del autor por sortear la inercia asociada a la fidelidad descriptiva:

En la plaza de la Unión hay grandes árboles, y de encima de todos ellos, como un cesto de lunas suspendido por los aires, se vierte por entre las hojas, dibujando en la tierra fantásticos bordados, una atrevida claridad de mundo nuevo. Apañados en ella, moviéndose, cuchicheando, ondeando, parecía aquella muchedumbre de gente ciclópea, la gran taza encendida donde se transforma en una noche luminosa, el universo(p. 447).

El cierre del artículo condensa, en una imagen profundamente evocadora, el rechazo del cronista a la violencia anarquista: "ha habido en todo el país, una conmoción semejante, a la que produce en una calle pacífica la aparición de un perro atacado de hidrofobia" (p. 450). La segunda crónica publicada el 2 de julio de 1886 lleva como subtítulo "Conclusión", y establece así una continuidad con la anterior. Diseña dos zonas: en una predomina la opinión de Martí sobre el fenómeno inmigratorio, mientras que en la otra representa las escenas de los motines de Chicago en consecuencia con la figuración negativa de los anarquistas de la entrega anterior, en cuya composición monta una concentrada estructura de con-vencimiento (Parret, 1995, p. 65)¹⁶ del "peligro anarquista", al tiempo que desea interesar a sus lectores y crearles expectativas.

Desde esta perspectiva, en Europa (Alemania, Polonia, Hungría, Suecia y Noruega) se producen los estallidos de violencia, pues no cuentan con válvulas indispensables para expresar sus posiciones. Los inmigrantes alemanes acarrear "el odio del siervo, el apetito de la fortuna ajena, la furia de la rebelión". "Lo que allí se engendró, aquí está procreando. Por eso puede ser que no madure aquí el fruto, porque no es de la tierra" (p. 452). Esta observación plantea una idea importante para el periodista: cada problema exige su propia solución, concepción que en este contexto remite a que las huelgas provocadas por trabajadores norteamericanos no hubieran derivado en actos violentos si no se hubiera favorecido la inmigración de los alemanes anarquistas con su carga letal y devastadora. Lejos se halla de Martí de la percepción del alemán trabajador, imagen pergeñada en años anteriores. En cambio, el voto y la prensa libre en los Estados Unidos tornan innecesario el uso de la violencia, y es obligación de la dirigencia conducir los reclamos por el camino de la prudencia.

En su representación de los sucesos de Chicago individualiza a ciertos personajes como Most, Spies y Schwab, y los liga a una perspectiva bestializada,

¹⁶ Parret señala que las estrategias de persuasión y deliberación están en el corazón mismo de la argumentación: "con-vencer es vencer, ganar una victoria, pacificando".

al tiempo que construye escenas narrativo-argumentativas que exhiben los enfrentamientos entre la justicia, encarnada en la policía, contra los “iracundos” anarquistas y una muchedumbre frenética. En la primera escena alude a los “trabajadores”, mientras que en la siguiente estos se transforman en “turba”.

En uno de los cuadros, representa a doce policías desguarnecidos que se enfrentan a 20.000 trabajadores, donde finalmente vence la fuerza del orden. La desproporción en la cantidad y la carga axiológica depositada en los detalles (blusas azules de botones dorados/emboscadas) muestran a un cronista que adhiere a la posición del Estado:

doce policías heroicos hacen frente, sin más cota de malla que sus blusas azules de botones dorados, a veinte mil trabajadores amotinados que les disparan faz a faz, desde sus emboscadas, que se les echan encima y les rodean, que entran en medio de su fuego certero, que al ver llegar en sus carros de patrulla, las cuadrillas de refuerzo, ¡huyen espantados por las calles cercanas los veinte mil ante los doce! (p. 454).

La siguiente escena presenta a los activistas que destruyen la propiedad privada, arremeten contra las personas y se abandonan al vicio. El relato se construye a partir de una fuerte ilusión de presencia, focalización que Jean Pouillon denomina visión “por detrás”: el cronista sabe todo acerca de los personajes (Marchese, 1986, p. 338). La escena participa de la creación de expectativas (la interrogación); la acumulación verbal establece la sucesión de acciones violentas, y la alternancia entre el presente y el pretérito crea diversos planos y genera el efecto de simultaneidad entre el relato de los desmanes de la turba mientras las víctimas temerosas se esconden en un rincón.

Allá lejos, ¿quién muere? Es un huelguista envenenado: otro más han llevado a casas vecinas. Se entraron a una botica a cuyo dueño acusan de haber llamado a la policía [...] Tiemblan arriba en rincón el boticario y su mujer. La turba rompió a pedradas las ventanas, inundó la tienda: deshizo los mostradores; quebró y majó los pomos, se echó sobre las ropas los perfumes: se bebió cuanto le supo a vino (p. 455).

Una tercera escena exagera la peligrosidad de los grupos enardecidos al mostrar la desproporción entre el ensañamiento de la masa (la destrucción de una cervecería) y la insignificancia de su motivación: su dueño le había proporcionado un sombrero a un policía maltratado. La descripción del accionar destructivo, y sobre todo del placer puesto en su ejecución, se efectúa nuevamente a partir de la focalización en los detalles: “En las gorras y en el hueco de las manos beben la cerveza. Con hachas y a pedradas han abierto los barriles. Hasta secarlos tienen en ellos las bocas. Caminan sobre la espuma. Ríen. Despedazan con sus manos las alacenas y anaqueles. Todo es astilla en un minuto” (p. 455).

La última se refiere a la noche del lanzamiento de la bomba en Chicago, en la que se insiste en la valentía de los policías que enfrentan la situación adversa sin huir. Frente a una multitud aterrada que se desbanda y a grupos de policías que caen heridos, el autor se detiene en uno de ellos que agoniza y en el detalle recorta la simbología de la justicia: “le resplandecían sobre el pecho con estrellas los botones dorados” (p. 455). El cierre de la crónica exagera el

bestiario anarquista: “el aire de la libertad tiene una enérgica virtud que mata(r) a las serpientes” (p. 456).

Hacia la radicalización

Nos hallamos en un momento clave para los conflictos laborales y para el pensamiento de José Martí. Un año más tarde, en su crónica del 13 de noviembre de 1887, titulada “Un drama terrible” (que narra el ahorcamiento de los anarquistas de Chicago), se hará evidente la transformación de su percepción, al ver la inocencia de los acusados frente a un Estado “criminal” que ha falseado las pruebas y que condena los mismos crímenes que promueve¹⁷. Asimismo, en sus crónicas se muestra cada vez más escéptico sobre la voluntad y la capacidad del sistema democrático norteamericano para resolver la injusta distribución de la riqueza y la inequidad social.

¿Qué factores contribuyeron al radical cambio de perspectiva? Pedro P. Rodríguez considera al período que se extiende entre julio de 1886 y noviembre de 1887 el momento de viraje de las concepciones políticas y sociales martianas. Martí advierte la creciente concentración del capital en pocas manos, junto con la formación de grandes consorcios y *trusts*, al tiempo que denuncia la connivencia entre el poder político (la Cámara de Representantes), el económico y la justicia, incluida la prensa, poder al que, en años anteriores, relacionaba con la independencia de criterio. En síntesis, repara en la gravitación de los monopolios sobre los aparatos de Estado. Concluye, con estupor, que la economía domina a la política y dicta sus intereses.

Si bien Martí no era un economista, despliega sus ideas en torno al librecambio. Observó que el país se llenaba de mercancías invendibles que producían, junto con el proceso de concentración, el cierre de industrias, la caída de salarios y la desocupación. En suma, la miseria de los obreros. En ese contexto insistió en la eliminación de la tarifa proteccionista. En palabras de Richard Hofstadter, “el industrialismo le impuso a la clase trabajadora ese manto de opresión y de miseria que se encuentra en todas las crónicas de la Revolución Industrial, y que no encontró alivio en las luchas laborales irregulares y brutales” (Hofstadter, 1973, p. 180).”

En estrecha vinculación con las ideas anteriores, Martí percibió con desencanto que el terreno ganado por la Asociación de los Caballeros del Trabajo –su representatividad y su imagen favorable en la opinión pública– significaba un extraordinario esfuerzo sin contrapartida, pues el Estado, en connivencia con los monopolios, ya no tenía la voluntad política de considerar los reclamos obreros y gobernaba en beneficio de los burgueses.

¹⁷ Roberto Fernández Retamar señala que el cambio en la percepción martiana con respecto a los sucesos de Haymarket se percibe antes de la escritura de “Un drama terrible”. Para el crítico, en sus crónicas iniciales fechadas el 15 y el 16 de mayo de 1886 y en la del 2 de septiembre de dicho año, o sea, solo durante los primeros cuatro meses, Martí creará en los argumentos que la opinión, el gobierno, la prensa y el clero defiendan, es decir, en la culpabilidad de los anarquistas. Véase “Ante los sucesos de Chicago”, en *Nuestra América: cien años y otros acercamientos a Martí*, La Habana, Editorial Si-Mar, 1995, pp. 97-108. También publicado en Roberto Fernández Retamar y Pedro Pablo Rodríguez (coord.), *En los Estados Unidos...*, (Martí, 1975, pp. 2077-2085).

Isabel Monal agrega un nuevo factor que conduce a la radicalización del pensamiento martiano: su acercamiento a las posiciones políticas y sociales de Henry George, economista californiano, y del cura Mc Glynn. Ambos propiciaron la implementación de un impuesto único sobre la tierra como forma de gravar y frenar al monopolio ferrocarrilero, propiedad de Jay Gould. En definitiva, Monal y Rodríguez, por vías diferentes, consideran insoslayable en la radicalización martiana su percepción del monopolio.

De acuerdo con estos críticos e historiadores, atendemos a otros elementos que contribuyeron al cambio de perspectiva del cronista. En consonancia con su deseo de formar a la dirigencia, Martí adhiere con entusiasmo al proyecto de reforma del servicio civil presentado por el presidente demócrata Grover Cleveland, orientado a jerarquizar la carrera política. Para ello, se estimularon algunas modestas reformas en la burocracia pública: el 10% de los puestos serían competitivos. Sin embargo, los puestos políticos en la Casa Blanca continuaron atados al *spoils system*. Martí señala que con el triunfo de Benjamín Harrison en la elección presidencial de 1888, los cargos públicos vuelven a ser el botín de guerra del partido gobernante. El triunfo republicano significó la agudización de la política proteccionista temida por Martí, ya que implicaba la concreción de que Estados Unidos avanzaba sobre América Latina en un intento por colocar sus excedentes, con James Blaine como principal propulsor de tal política expansionista.

En muchas de las crónicas de 1887 se advierten los cambios de opiniones, creencias y presunciones que se producen en el cronista y que lo llevan a perder su confianza en la capacidad regenerativa del sistema norteamericano, así como los recursos que emplea para mostrar su distancia crítica, particularmente el discurso agónico (Angenot, 1995) y de denuncia.

En la transformación de su pensamiento, las crónicas denuncian enfáticamente las alianzas de los monopolios con la política, y de ella con la prensa y el Congreso (“Este último Congreso no ha hablado con grandeza un solo día, ni obró con desinterés”) (p. 173), en un discurso de barricada, con preguntas retóricas que adoptan la forma de la invectiva y exclamaciones que enfatizan la traición de los representantes al voto de los ciudadanos. “¿Por qué mágico tamiz sale filtrada la representación popular, de modo que al perfeccionarse en el senador, que es su entidad más alta fuera de la Presidencia, resulta ser el Senado la contradicción viva de las opiniones e intereses de los que, por medio de la legislatura, los elige? ¡Los senadores compran las legislaturas!” (p. 475).

Recapitulando, las crónicas martianas, a la vez que radicalizan sus concepciones político-sociales –a medida que Martí reconoce los límites de la democracia liberal–, significan una maduración de su estética y de las marcas de estilo. La cuestión social, más precisamente, el mundo del trabajo, va cobrando mayor espacio y relevancia en el cuerpo de las *Escenas* conforme los conflictos entre trabajadores y empresarios se van agudizando. Entre 1886 y 1888 publica la mayor cantidad de crónicas sobre conflictos obreros, como se puede percibir en aquellas sobre los anarquistas de Chicago (1886, 1888), los mineros de Reading y Cumberland (1888), los herreros de Pittsburg (1888), las hilanderas de Lawrence (1888), los terrapleneros de Omaha (1888) y los maquinistas de Nueva York (1889).

Bibliografía

- ANGENOT, Marc. *La parole pamphlétaire, contribution á la typologie des discours modernes*. París, Payot, 1995.
- BARTHES, Roland. "El efecto de lo real" en *Realismo, ¿mito, doctrina o tendencia histórica?*, Argentina, Lunaria, 1992.
- BOSCH, Aurora. "La 'edad dorada', 1870-1890" en *Historia de los Estados Unidos*, Barcelona, Crítica, 2005.
- BENVENISTE, Emile. *Problemas de lingüística general I y II*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1985.
- HAMON, Philippe. *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Buenos Aires, Edicial, 1995.
- HOFSTADTER, Richard. *La tradición política norteamericana y los hombres que la formaron*. México, FCE, 1973.
- MARCHESE, Angelo y FORRADILLA Joaquín. *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, Barcelona, Ariel, 1986.
- MARTÍ, José. *Obras completas*, (Tomos 9, 10, 11 y 12 titulados "En los Estados Unidos. Escenas norteamericanas"). La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- MOGILLANSKY, Gabriela. "Cuestión de Estado: José Martí y los anarquistas norteamericanos" en *Nuevos territorios de la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, CBC; 1997.
- PARRET, Herman. *De la semiótica a la estética. Enunciación, sensación, pasiones*. Buenos Aires, Edicial, 1995.
- PARRET, Herman *Las pasiones. Ensayo sobre la puesta en discurso de la subjetividad*, Buenos Aires, Edicial, 1995. (pp. 11-23)
- VOLOSHINOV, Valentín (Mijail Bajtín). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1992.